

ROGER BOESCHE: *Theories of Tyranny. From Plato to Arendt*. The Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania, 1996. 494 páginas.

Es frecuente en teoría política que los autores digan lo que tengan que decir a través de una reconstrucción del pasado de la disciplina. Eso lo hemos visto en grandes figuras como Eric Voegelin, Leo Strauss, Hannah Arendt o Sheldon S. Wolin. En el libro que nos ocupa Roger Boesche intenta hacer lo propio recorriendo el pasado a partir del concepto de tiranía.

El resultado es un libro de gran valor, cuidadosamente trabajado y agudo en sus interpretaciones. Quizá el primer acierto de esta obra sea recuperar la vivencia de la tiranía en la política occidental, un tanto dejada de lado en el siglo XX, y replantear la cuestión en términos en parte clásicos. Como el autor nos dice «muchos escriben sobre la libertad; pocos analizan la tiranía» (p. 1).

Desde luego el autor no pretende hacer una «historia de la idea de tiranía». No lo hace porque reconoce que tiranía no es un concepto sino una realidad compleja en la que se incluyen muchos «ismos», entre otros los de despotismo, totalitarismo, fascismo o autoritarismo (p. 12). Tampoco pretende ser una contribución a la historia de las ideas, sencillamente porque no cree en la existencia de ideas intemporales que vayan apareciendo en la historia bajo diversas caracterizaciones. Y menos alinearse con la historia conceptual. Desde luego no encontramos en esta obra un repaso de las distintas manifestaciones de la idea ni de los conceptos que han existido embebidos en su contorno.

Boesche escoge una serie de maestros que para él son excelentes tratadistas del problema, pero tiene siempre buen cuidado de no «empobrecer el pasado haciéndole parecer como el presente» (p. 13).

En cierto modo lo que al autor parece preocuparle es profundizar en la vida política que se da en la tiranía, analizar sus raíces y encontrar su porqué y las consecuencias que esa tiranía llega a producir en los hombres que la sufren o la ejercen. Por eso nos avisa de que este libro «no es un manual para tiranos», ya que los tiranos saben muy bien todo lo que les podamos enseñar al respecto; es más bien un libro para los hombres que no conocen lo que es la tiranía con el fin de que sepan guardarse de ella y resistirla (p. 23).

Otro aliciente de esta obra es la selección que Boesche hace de sabios con los que dialogar acerca de su tema. Si no nos sorprende la inclusión de Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Montesquieu, Tocqueville o Marx, sí resulta de agradecer que dedique capítulos propios a Tácito, Freud o Max Weber. Encuentra en ellos muy buen material sobre temas como el eclipse de la política, la reproducción de la tiranía o la inevitabilidad de la dominación burocrática. En concreto su reivindicación de la importancia de Tácito es muy afortunada. No en vano es un autor al que han cultivado desde los enciclopedistas hasta Thomas Jefferson o John Adams. Por no mencionar a los autores españoles del barroco conocidos como tacitistas políticos y de los que se hablaba hasta hace poco a los estudiantes españoles sin haberles aclarado antes quién era Tácito en realidad y su explicación del tránsito romano del *principatus* a la *dominatio* (p. 86).

En el mismo sentido es de notar su inclusión de Freud como teórico político relevante que introdujo nuevas categorías y formas de pensar. Boesche es sensible a las aportaciones freudianas y, aunque severamente crítico con algunos

de sus planteamientos sobre los roles y estatus de las mujeres, considera que «suscitó la cuestión...sobre lo que les sucede a las mujeres en la estructura familiar como nadie lo había hecho desde Montesquieu» (p. 325). Asimismo fue él el que rastreó la instalación de la tiranía hasta el interior de hombres y mujeres. Sus aportaciones sobre la intolerancia y el sometimiento le parecen de primer orden.

Es también reconfortante su repaso de la obra de Weber, entendido éste como un teórico de la política que también habla un lenguaje exhortativo «como un profeta de la biblia hebrea» (p. 327), y no sólo como el gran científico social que fue. Boesche recuerda que, tras el concienzudo y equilibrado sociólogo de sociólogos, se encuentra siempre «el heredero de Maquiavelo, un apasionado actor político, un atrevido defensor de los tardíos empeños de Alemania por conseguir un imperio...y un pensador que considera la política como la lucha por el poder entre las naciones, las clases, los partidos, los grupos y las élites» (p. 327). Uno puede definir el estado de muchas maneras. Platón y Aristóteles concebían la polis diseñada para cultivar el potencial humano de justicia, moralidad y grandeza. Santo Tomás de Aquino deseaba que el estado proveyese orden, justicia social y un entorno en el que los ciudadanos pudieran vivir una vida cristiana; Locke buscaba un estado que defendiera los derechos individuales de la persona y la propiedad; Hegel pensaba que el estado debería incorporar la Razón; y Marx veía al Estado como un instrumento de la tiranía de clase. Definir al estado según los propósitos que uno quiere servir, según Weber, era arbitrario e irrelevante. Un estado es simplemente la organización que monopoliza las fuentes legítimas de la violencia dentro de un territorio dado (p. 329). En definitiva Boesche entiende a Weber como un

pensador francamente violento que concebía la política en esencia como una batalla continua.

Con todo, la más original aportación de este libro que aquí comentamos es su valoración del mundo interno de los ciudadanos como otro ámbito en el que se producen operaciones básicas para la tiranía. Su consideración de Erich Fromm, Franz Neumann y Hannah Arendt como teóricos importantes en este tema y sobre todo su capítulo 8 dedicado a Freud, ponen de manifiesto la existencia de espacios públicos internos en los que se ventila acción política trascendente. En este sentido la experiencia crítica del Holocausto sobre el que no se manifestó «ni un solo profeta en un siglo de profecías», es entendida como el punto de partida de una revolución en la ciencia política y en concreto de la teoría política para encontrar explicaciones a lo ocurrido. Sentimientos como el abandono, el ostracismo, el miedo a enloquecer, entre otros, han sido armas utilizadas por los tiranos para conseguir imponer su dominio.

Resultan aportaciones clarificadoras la conexión que Boesche nos señala de Fromm con Tácito y Tocqueville (p. 393), la necesidad de jugar ciertos roles cuando se vive bajo la tiranía si queremos sobrevivir o la evidencia de que las tiranías distorsionan el lenguaje (p. 394). También es interesante su afirmación, a través de Neumann, de la necesidad de cultivar la teoría política como actividad imprescindible en la democracia moderna (p. 397); o su penetración en los fundamentos de la propaganda totalitaria que opera sobre el individuo, un ciudadano que en la soledad es presa fácil de la sugestión publicitaria (p. 401).

Una de las virtudes de esta obra radica posiblemente en su manera de afrontar los temas de la democracia sin tener que recurrir a una historia previa de las ideas ni a la tradición de discurs-

so. Es muy agradable su manera de afrontar la tiranía sin salirse de la vivencia directa, ya que todos la hemos conocido o podríamos conocerla en días no lejanos en nuestra vida cotidiana. Boesche recurre a los maestros que sobre ello han pensado, sin pretensiones de hacer un canon. Se acerca a ellos

como un estudiante que busca en los sabios explicaciones a una de las grandes incógnitas de la vida. De ahí que el libro no cierre el paso a nadie y sea una contribución a la teoría democrática desde una actitud libre y versada.

JAIME MACABÍAS